

LIBRO SEGUNDO.

La Asamblea nacional trata de disolverse.—Aumento de periódicos.—Negociaciones de los hermanos del rey en el extranjero.—Proyectos de evasión del rey y de la familia real.—Fuga del rey.—Es conocido en Chalons y en Saint-Menehould.—Es detenido en Varennes y conducido á París.—Ponenle preso en las Tullerías.

I.

Fatigada la Asamblea nacional de una existencia de dos años, y no sabiendo en que ocuparse, desde que nada la quedaba por destruir, pensaba seriamente en disolverse. Causábanla recelos los jacobinos, huíasele de las manos su popularidad, agobiábala la prensa con continuos ataques, los clubs la insultaban, é instrumento gastado de las conquistas del pueblo, conocia que éste iba á destruirla, sino se disolvía por sí misma. Sus sesiones no ofrecían interés y continuaba sus trabajos para concluir la Constitución, mas bien por cumplir con una tarea, que se habia impuesto, que por que creyese en la duración, de lo que por otra parte proclamaba como imperecedero. Mucho tiempo hacia que la muerte ó la indiferencia, habian hecho enmudecer á aquellos hombres

que habian conmovido toda la Francia con sus gritos. Maury, Cazáles y Clermont-Tonnerre desertaban de un combate en que el honor habia quedado á salvo, pero que era ya imposible sostener en adelante, y mucho mas aun, el obtener la apetecida victoria. La monotonía habitual de estas sesiones teóricas, era interrumpida de vez en cuando, por acalorados debates. Uno de los mas borrascosos fué el del 40 de junio, entre Cazáles y Roberpierre con motivo de querer licenciar á toda la oficialidad del ejército. «¿Cómo se atreven á proponer las comisiones (esclamó Roberpierre) que confiemos en el honor de los oficiales para defender una Constitución, que todos ellos detestan? ¿De qué honor quieren hablarnos, ni qué honor es ese que se cree superior á la virtud y al amor de la patria? Por mi parte me glorio de no creer en él.» Indignado Cazáles como militar al oír estas palabras se levantó para contestarle. «Yo no permitiré (dijo) que se propalen impunemente tan infames calumnias.» A estas palabras, un violento murmullo del lado izquierdo y los repetidos gritos de *al órden—¡á la Abadía!*—sufocaron la voz del orador que prosiguió en cuanto se sosegó un poco el alboroto diciendo: «¡No es suficiente que haya contenido mi indignacion al oír acusar á mas de dos mil ciudadanos beneméritos, que en las crisis actuales han dado ejemplos de la mas heroica paciencia! He oído no obstante al preopinante, porque respeto la libertad de las opiniones hasta en mis mayores enemigos políticos, pero no hay fuerza en lo humano capaz de impedirme que trate esas diatribas con el desprecio que se merecen. Si votais el licenciamiento en masa que se os propone, vuestras fronteras quedarán á merced de todas las invasiones extranjeras que quieran intentarse, y en el interior sufrireis los excesos y el pillage de una soldadesca desenfrenada.» Esta enérgica improvisacion fué la oracion fúnebre del ejército, y el proyecto de la comision fué adoptado.

La discusión sobre la abolición de la pena capital; proporcionó ocasión á Duport para pronunciar uno de aquellos discursos que inmortalizan á sus autores, y que protestan por espacio de muchos siglos en nombre de la filosofía y de la sana razón, contra la ceguera y atrocidad de las legislaciones criminales. Demostró con irresistible lógica, que al reservarse la sociedad el castigo del homicida, le justificaba en cierto modo, y que el medio más á propósito de deshonorar el asesinato, y aun de evitarle, era el infundir un santo horror hácia él. Robespierre, que estaba destinado á no respirar en adelante sino en una atmósfera de sangre, era entonces partidario de la abolición de la pena de muerte. ¡Cuánta sangre se hubiera ahorrado á la Francia, si las preocupaciones de los juristas, no hubiesen prevalecido sobre los sanos principios de la filosofía moral!

Estas discusiones no tenían ningún eco, fuera del recinto del Picadero, (1) ni ocupaban tanto la atención del público, como las polémicas apasionadas de la prensa periódica. El periodismo, ese foro universal y cotidiano de las pasiones populares, se había inaugurado al mismo tiempo que la libertad, y en él habían aparecido á defender y esplanar sus doctrinas, todos los espíritus fogosos de la época, incluso el mismo Mirabeau. Camilo Desmoulins, joven de gran talento aunque de razón debilitada, comunicaba al pueblo en sus hojas volantes, la agitación febril de sus pensamientos. Brissot, Gorsas, Carra, Prudhomme, Freron, Danton, Fouchet, y Condorcet, se habían encargado de redactar los periódicos democráticos y empezaban á pedir la abolición del trono, «el mayor azote, según *Las revoluciones de París*, entre todos los que han deshonrado á la especie humana» Marat había absorbido, por decirlo así, todos los odios que fermentan en una sociedad que se halla en estado de des-

(1) Sitio en que celebraba sus sesiones la Asamblea.

composición, y se había constituido en expresión permanente de todas las iras del pueblo. Su pluma estaba empapada en sangre, y hasta se había hecho cinico, y adoptado el lenguaje de los presidiarios y de la gente más perdida, para ser mejor comprendido por las masas. Fingíase loco como el primer *Bruto*, pero no lo hacía con el objeto santo de salvar la patria, sino para subyugarla y tiranizarla con su fingida demencia. Todos los folletos que se publicaban eran el eco de los jacobinos ó de los franciscanos, y el único objeto que se proponían sus autores al escribirlos, era infundir inquietudes, sospechas y pánicos terrores en el ánimo del pueblo.

«Ciudadanos, (decía) velar sin descanso en derredor de ese palacio, asilo inviolable, en donde se fraguan todas las conspiraciones contra la nación, y en donde, una reina perversa, fascina á un rey imbecil, é inspira sus máximas á los lobeznos de la tiranía. Sacerdotes no juramentados, bendicen allí las armas que han de disparar sobre el pueblo, y allí se prepara otro nuevo *San Bartolomé* de patriotas. El genio malévol del Austria, asiste á esas reuniones tenebrosas, presididas por María Antonieta, y de allí salen secretamente en grandes convoyes, el oro y las armas de Francia para que los tiranos que reúnen sus ejércitos en las fronteras para esterminarlos, os hallen desarmados y pereciendo, víctimas de la más espantosa miseria. Los emigrados Artois y Condé, aguardan el santo y seña que deben recibir de los despotas, para venir volando á ejecutar las terribles venganzas del despotismo, porque una guardia de suizos mercenarios, no es suficiente á llevar á cabo los proyectos liberticidas de Capeto. ¿Teneis dificultad en creer lo que os digo, pareciéndoos imposible? Venid conmigo y sabreis además por boca de los buenos ciudadanos que rondan de noche á las inmediaciones de esa infame guarida, que no pasa una, que no vean entrar en ella furtivamente á muchos de los antiguos nobles, cargados de armas que llevan escondidas

debajo de sus vestidos ¿Estos caballeros del puñal, pueden ser otra cosa, que los asesinos pagados del pueblo? ¿Y entre tanto, que hace La Fayette? ¿Es chasqueado sin notarlo, ó está tal vez en connivencia con los de dentro? de otro modo, ¿como puede esplicarse que deje libre las avenidas de palacio, que no pueden servir sino para dar paso á la venganza, ó para facilitar la fuga de toda la familia de Capeto? ¿Cómo esperamos dar cima á la revolucion, cuando permitimos que un enemigo coronado, espere en medio de nosotros la hora de sorprenderla y aniquilarla? ¿No advertis la gran escasez de numerario y el descrédito cada dia mayor de los asignados? ¿Qué significa esas numerosas reuniones de emigrados que hay en vuestras fronteras, y esos ejércitos que se adelantan rápidamente hácia vuestro pais, para venir á ahogarnos en un círculo de hierro? ¿Que medidas toman vuestros ministros para evitar una invasion estrangera? ¿Por qué no se confiscan los bienes de los emigrados? ¿Por qué no se incendian sus palacios, ó por qué no se pone precio á sus cabezas? Voy á deciroslo. Por que las armas están en manos de traidores, por que traidores son los que guardan vuestras plazas, por que estamos rodeados de traidores por todas partes, y finalmente, porque en ese palacio de la traicion, vive el gefe de los traidores, ese traidor coronado é inviolable, á quien se da el odioso título de rey..... La adhesion fingida de ese hombre á la Constitucion, no es sino un lazo que os tiende, y si alguna vez asiste á la Asamblea, es para adormecer vuestra vigilancia y escaparse cuando le acomode. ¡Alerta ciudadanos, alerta!.... Sabed que se prepara un golpe que va á estallar muy pronto, ¡hay de vosotros, y hay de la libertad de la patria, si no os apresurais á prevenirle, con otro mas rápido y mas terrible!.....»

II.

Estas declamaciones no carecian enteramente de fundamento, pues si bien es cierto, que el rey no soñaba siquiera en conspirar contra el pueblo, y que á la reina jamás la habia ocurrido la idea de entregar al Austria la corona de su marido y de sus hijos, no lo es menos que el rey tenia dos ministerios y dos políticas: una en Francia, con sus ministros constitucionales, y otra en el extranjero con sus hermanos, y con los demas agentes suyos cerca de las potencias estrangeras. El baron de Breteuil y Mr. de Calonne rivales de intriga, hablaban y trataban en nombre del rey. Este, no por hipocresía sino por debilidad, desaprobaba en sus despachos oficiales á los embajadores, los pasos dados por aquellos hombres, en lo cual obraba unas veces con sinceridad y otras no. Bien puede tolerársele á un rey cautivo que hable en voz alta con sus carceleros, y al oido con sus amigos. Sin embargo, estos dos lenguages tan distintos, hacian aparecer á Luis XVI como un hombre desleal y traidor. No era lo uno ni lo otro.

Jamás se ha sentado en el trono de Francia un hombre mas honrado ni que mas dispuesto estuviese á sacrificar parte de sus privilegios en favor de su pueblo, á quien amaba con un cariño verdaderamente paternal.

Jamás pensó en reconquistar lo perdido ni en vengarse de los que tanto le habían agraviado. Jamás tuvo otros deseos que, el de que se apreciase en su justo valor su sinceridad y buena fé, y el de que restablecida la calma en el interior, pudiese la Asamblea, reconociendo las usurpaciones que habia cometido contra el poder ejecutivo, revisar tranquilamente la Constitucion, y restituir al trono el poder suficiente para atender al bien general.

Los hermanos del rey, y en particular el conde de Artois, obraban en el extranjero, sin contar con la voluntad de su hermano, cuyo silencio interpretaban como mejor les convenia. Este príncipe, jóven todavía, iba de córte en córte, solicitando en nombre de Luis XVI el auxilio de las potencias monárquicas contra unas doctrinas, que amenazaban hundir todos los tronos. Bien recibido en Florencia, por el emperador de Austria, Leopoldo, hermano de la reina, obtuvo de él en Mantua á los pocos días la promesa de un contingente de treinta y cinco mil hombres. Los reyes de Prusia, España, Cerdeña y Nápoles, y aun los cantones suizos, le ofrecieron fuerzas proporcionadas á la grandeza de sus estados. Luis XVI tan pronto acogia la idea de una intervencion estrangera, como único medio de intimidar á la Asamblea y de hacer que se reconciliase con él, tan pronto la rechazaba como si fuese un crimen. La disposicion de su ánimo con respecto á esto, dependia del estado en que se hallaba el reino, y su alma seguia el flujo y reflujo de los acontecimientos interiores. Un buen decreto que diese la Asamblea, un acto que ejecutase que indicase que queria reconciliarse con el rey, ó un aplauso del pueblo á su monarca, eran motivos suficientes para que este se consolase y para que renaciese en él la esperanza de poder arreglarlo todo sin necesidad de extranjeros. Entonces escribia á sus agentes, que suspendiesen todo preparativo hostil. Por el contrario, cuando un nuevo motin asediaba el palacio, ó cuando la Asamblea imponia á la autoridad real una nueva humillacion, entonces empezaba á desesperar de poder salvarse dentro de la Constitucion y se preparaba á combatirla. La incoherencia de sus ideas, no debe achacarse sino á la posicion en que se hallaba el rey, pero daba márgen á que su causa se viera comprometida dentro y fuera del reino. Todo pensamiento en donde falta unidad, se destruye por sí mismo. El del rey, aunque bueno en el fondo, era demasiado vago

para no variar, segun variaban las circunstancias, y tanto mas perjudicial para él, cuanto que en todos los sucesos se veia una tendencia marcada á la abolicion de la monarquia.

III.

La historia no puede menos de conocer, que en medio de esta vacilacion de voluntad, el rey, de acuerdo con el emperador, meditaba un plan de evasion desde noviembre de 1790. Luis XVI habia obtenido de aquel príncipe, la promesa de que haria marchar un cuerpo de ejército sobre las fronteras francesas, en cuanto él se lo indicase, y solo nos resta saber si la intencion del rey, era la de salir del reino y volver despues á la cabeza de las tropas estrangeras, ó simplemente la de reunir parte de su propio ejército en una plaza fronteriza, para tratar desde alli con la Asamblea, é imponerla condiciones. Esta última hipótesis es la mas probable.

Luis XVI sabia mucha historia, y conocia sobre todo perfectamente la de Inglaterra. Semejante á todos los desgraciados comparaba sus infortunios con los de otros príncipes que habian sido destronados, y no podia desecharse de su imaginacion la idea de que Jacobo II habia perdido la corona por haberse estrañado del reino, y que Carlos I habia sido decapitado por haber hecho la guerra al parlamento y al pueblo. Estas reflexiones le habian inspirado una repugnancia instintiva contra ambas ideas, de salir de Francia ó de entregarse en manos del ejército, y para que se decidiese á adoptar uno de estos dos partidos estremos, era preciso que su ánimo se viese muy oprimido por la inminencia del peligro, y que el terror que asediaba noche y día el palacio de las Tuillerias, hubiese penetrado en su alma y en la de la reina.

Las atroces amenazas con que eran saludados el rey y la reina, en cuanto se asomaban á las ventanas de su habitacion, los insultos de los periódicos, las vociferaciones de los jacobinos, los motines y los asesinatos que iban en aumento tanto en París, como en las provincias, la resistencia violenta á la salida del rey para Saint-Cloud, y finalmente el recuerdo de los puñales que habian atravesado el lecho de la reina el 5 y 6 de octubre, les hacia vivir en una agonia continuada. Empezaban ya á creer que la revolucion implacable, se irritaba cada vez mas con las concesiones que habia obtenido, y que el ciego furor de las facciones, que no se habia contenido ante la magestad real, rodeada de sus guardias, se detendria mucho menos ante la inviolabilidad ilusoria, decretada por una Constitución, y creian que sus vidas, las de sus hijos, y las de todos los demas individuos de la familia real, no podian salvarse sino huyendo de los peligros que por tantas partes les rodeaban.

En consecuencia se decidió verificar la fuga, á pesar de haber sido desechada esta idea en otras ocasiones. El mismo Mirabeau sobornado por el oro de la corte, la habia propuesto hacia mucho tiempo, y se habia comprometido á dirigir el espíritu público, de suerte, que las cosas viniesen á arreglarse por sí mismas y sin violencia, hasta un restablecimiento voluntario de la autoridad real. Mirabeau bajó al sepulcro sin ver realizadas sus esperanzas. El rey nos ha dejado en su correspondencia secreta, un testimonio auténtico de lo repugnante que le era entregarse en manos del primero y mas temible de todos los facciosos. Otra inquietud agitaba el ánimo del rey, y traspasaba cual agudo puñal el corazon de la reina, porque ambos sabian que tanto en Coblenza como en las cortes de Leopoldo y del rey de Prusia, se trataba de declarar vacante el trono de Francia, so pretexto de falta de libertad en el que en él se sentaba, y tambien de nombrar regente del reino á uno de los principes emi-

grados, á fin de llamar á su lado con cierta apariencia de legalidad á todos sus fieles vasallos y de dar á las tropas extranjeras un derecho de intervencion, que seria incontestable en semejante caso. Pero en un trono por vacilante que esté no caben jamás dos personas.

En medio de tantos terrores reinaba una continua zozobra en este palacio en que la sedicion habia abierto ya tantas brechas. ¿Si será efectivamente un héroe el conde de Artois? Decia irónicamente la reina, que ya le aborrecia de muerte en aquella época. El rey por su parte temia aquella caducidad moral con que se le amenazaba so color de salvar la monarquia, y ya no sabia á quienes debia temer mas entre sus amigos ó sus enemigos. La fuga solo podia libertarle del odio de los unos y de las intrigas de los otros, si lograba colocarse al frente de un ejército fiel, pero la fuga era otro nuevo peligro en sí misma. Si salia bien, era imposible que la inmediata consecuencia no fuese una guerra civil; y el rey se horrorizaba al pensar en la sangre que se derramaria por culpa suya; si se desgraciaba el concebido plan ¿cuáles podrian ser las consecuencias? ¿Dónde se detendria el furor de una nacion, en que se advertia una exaltacion de ideas, tan deplorables? El cautiverio y la muerte era lo único que podia prometerse el rey, que veia que iba á suspender de un hilo su fragil trono, su libertad, su vida, y lo que era mucho mas sensible para él, las vidas queridas de su muger, de sus dos hijos, y de su hermana.

Largas y terribles fueron las angustias que esperimentó por espacio de ocho meses, y en ellas no tuvo otros confidentes que la reina, madama Isabel y algunos servidores fieles que estaban en palacio. El hombre en quien puso su confianza fuera de aquel recinto, fué el marques del Bouillé.

IV.

Primo este último de Mr. de La Fayette era de un carácter diametralmente opuesto al del héroe de París. Guerrero de austeras virtudes militares, no había emigrado porque no había recibido orden terminante de su soberano para hacerlo, y adicto á la monarquía por principios y al rey por el cariño particular que le profesaba, era uno de los pocos oficiales generales queridos del ejército, que habían permanecido firmes en sus puestos, desafiando las borrascas de los dos últimos años, y que sin tomar partido, ni en pro ni en contra de las murmuraciones, solo había tratado de conservar á su país aquella fuerza que sobrevive á las demas y que muchas veces es suficiente por sí misma para suplirlas á todas. La disciplina de las tropas. Este general, había servido con gloria en América, en las colonias francesas, y en la India, y su nombre era respetado en todo el ejército. El heroísmo que desplegó para sofocar el célebre pronunciamiento que había tenido lugar en Nancy en el mes de agosto anterior, le había dado una gran autoridad moral sobre los soldados, porque era el único entre los demas generales franceses que había sabido reconquistar el mando, y contener aquella insurrección militar. La Asamblea á quien aquel movimiento había infundido serios temores, le dió un voto de gracias, y le llamó públicamente el salvador del reino. La Fayette que no mandaba sino batallones de paisanos temia á este rival que tenia á sus órdenes tantas bayonetas organizadas, y le observaba y halagaba constantemente.

Hagamos (le decía con frecuencia) una coalicion de las bayonetas que mandamos, de la que seremos nosotros solos los gefes superiores, y de este modo asegura-

remos á la vez, los intereses de la revolucion, y los de la monarquía.

El realismo de Mr. de La Fayette, no podia menos de ser sospechoso para su primo, así es, que le contestaba con una política fria é irónica, que disimulaba muy mal las sospechas que de él tenia. Estos dos caracteres, eran incompatibles, porque el uno representaba el patriotismo de la época y el otro el antiguo honor militar, basado principalmente en el respeto al trono y á todas las instituciones que de él emanaban. Imposible era, por consiguiente, que pudieran unirse, ni ponerse de acuerdo.

El marqués de Bouillé, mandaba todas las tropas acantonadas en la Lorena, Alsacia, el Franco-Condado y la Champaña, y su jurisdiccion militar se estendia desde Suiza hasta el Sambre. Ochenta batallones y cien escuadrones, era la fuerza total que tenia á sus órdenes. De esta fuerza no podia contar sino con veinte batallones alemanes y con algunos regimientos de caballería. El resto de ella estaba por la revolucion, porque los clubs habían logrado introducir la insubordinacion y el desprecio á las órdenes del rey en la mayor parte de los regimientos, que obedecian mejor á las municipalidades que á sus mismos generales.

V.

El rey, que confiaba abiertamente en Mr. de Bouillé, le había escrito en febrero de 1791 diciéndole: que muy pronto le autorizaría para que se pusiese de acuerdo con Mr. de Mirabeau, y que para ello se valdría del conde de Lamarch, señor extranjero, que poseía toda la confianza y amistad de Mirabeau. «Aunque estos hombres no sean dignos de estimacion (decia el rey) y aunque Mi-

rabeau me haya costado muy caro, ereo que puede serme muy útil en esta ocasion, oidle, pero no le hagais ninguna confianza.» En efecto, el conde de Lamarch llegó á Metz pocos dias despues. Habló con Mr. de Bouillé del objeto que alli le conducia, y le confesó francamente que el rey acababa de entregar á Mirabeau seis-cientos mil francos, y que le pagaba ademas cincuenta mil francos mensuales. Púsole de manifesto todo el plan de esta conspiracion contrarevolucionaria, cuyo primer acto consistia en una peticion á la Asamblea en nombre de Paris á los departamentos, reclamando que el rey fuese puesto en libertad, mocion que sostendria Mirabeau con toda la elocuencia de su palabra, lo cual como se deja conocer no era una garantía suficiente en las azarosas circunstancias por donde estaba atravesando la Francia. Ignoraba aquel orador venal, que el poderío de la palabra alcanza á conmover las naciones, pero que una vez lanzadas, solo las bayonetas son suficientes á detenerlas su curso: Mr. de Bouillé avezado á las batallas se rió de estas quimeras del hombre de la tribuna, pero no trató de desanimarle y prometió contribuir por su parte al buen éxito de la empresa. «Cubrid de oro la defeccion de Mirabeau, (escribió al rey) de ese hábil malvado, que quizá subsane por codicia el daño que ha hecho por venganza, y desconfiar de La Fayette, entusiasta quimérico; ébrio del amor popular, que aunque es capaz de ponerse á la cabeza de un partido, no es á propósito para ser el sosten de una monarquía.»

VI.

Despues de muerto Mirabeau el rey habia seguido madurando su proyecto, y cuando le hubo modificado del modo que le pareció mas conveniente escribió á Mr. de

Bouillé é fines de abril, sirviéndose de una clave que ambos conocian, anunciándole que muy pronto se pondria en camino con toda su familia, en un carruage que mandaria construir al intento. Al mismo tiempo le previno que estableciese una línea de puestos desde Chalons á Montmedy, ciudad fronteriza á donde queria trasladarse. El camino directo de Paris á Montmedy va por Reims, pero el rey temia ser conocido en aquella ciudad en razon ha haber sido coronado en ella, y á pesar de las prudentes observaciones que sobre esto le hizo Mr. de Bouillé prefirió pasar por Varennes. Este camino tenia el grandísimo inconveniente de no haber casas de posta en muchas partes de la línea, y para que no faltasen tiros era preciso enviarlos allí de otros puntos, lo cual podia infundir sospechas á los habitantes de los pueblos inmediatos al camino. Otro inconveniente no menor que el anterior, era la precision de establecer destacamentos, segun lo habia ordenado el rey, en un pais cuyos moradores estaban poco acostumbrados á ver tropas. Mr. de Bouillé hizo cuanto estuvo de su parte para que el rey variase de determinacion, y entre otras cosas le manifestó en su respuesta, que si los destacamentos constaban de mucha fuerza se harian sospechosos á las municipalidades y serian causa de que estas redoblasen su vigilancia, y que en caso contrario no podrian protegerle si se veia amenazada su seguridad personal. Instóle ademas para que, en vez de servirse de un carruage particular que podria llamar la atencion por su hechura, se valiese de dos sillas de posta inglesas, muy en uso en aquella época, y que eran al mismo tiempo muy ligeras; é insistió principalmente, en que llevase en su compañía un hombre de carácter resuelto y de toda confianza, con quien pudiese aconsejarse en las circunstancias imprevisitas que podian ofrecerse en semejante viage, designándole como el mas á propósito al marqués de Agoult mayor de las guardias francesas.

Otro de los puntos sobre que insistió el general de Bouillé con mas empeño fué, el de que el rey se pusiese de acuerdo con el emperador, á fin de que este mandase mover sus tropas en direccion á la frontera de la parte de Montmedy, para justificar con esto el movimiento extraordinario de tantos cuerpos de infantería y caballería, y ocultar así la verdadera causa que lo motivaba. El rey consintió en dar este paso, y en llevar consigo á Mr. de Agoult, pero se negó abiertamente á todo lo demas. Pocos dias antes de salir de Paris, envió á Mr. de Bouillé un millon en asignados para que pudiese atender á los gastos indispensables de raciones, forrage y demas de aquel pequeño ejército que iba á darle una prueba tan singular de fidelidad y adhesion á su persona. Despues de tomadas todas estas disposiciones el marqués de Bouillé hizo salir á Mr. de Goguelat, oficial adicto á su estado mayor, á practicar un reconocimiento del camino y terreno comprendidos entre Chalons y Montmedy, encargándole que en cuanto lo hubiese efectuado, se dirigiese á Paris á enterar al rey de la topografía del terreno con la mas escrupulosa minuciosidad. Este oficial desempeñó su comision con el mayor celo é inteligencia, y volvió inmediatamente á transmitir á Mr. de Bouillé las órdenes que habia recibido de S. M.

Mr. de Bouillé se preparaba por su parte á ejecutar lo que estaba convenido, y ya habia empezado por alejar de su lado á los cuerpos que no le inspiraban confianza, reemplazándolos con doce batallones sobre cuya fidelidad podia contar. Un tren de artillería de 16 piezas desfilaba hacia Montmedy, el regimiento Real aleman entraba en Stenay, los dos escuadrones de húsares se hallaban, uno en Dun, y otro en Varennes, y otros dos de dragones al mando del conde Carlos de Damas oficial instruido y emprendedor, debian caer sobre Clermont el mismo dia y antes de la llegada del rey á aquel punto. Mr. de Damas habia recibido orden de enviar desde allí

un destacamento á Saint-Menehould, y otro de cuarenta caballos debia salir de Varennes para Pont-Sommevesle, so pretesto de proteger un convoy de dinero que venia de Paris para el ejército. Dispuestas así las cosas, en cuanto el rey hubiese pasado de Chalons, debia encontrar en cada relevo, escoltas de tropas que le fuesen adictas. Los comandantes de estos destacamentos debian acercarse á la portezuela del coche del rey, para recibir las órdenes que S. M. tuviese por conveniente darles. Si el rey queria continuar su camino de incógnito, su obligacion era atender á la seguridad de su persona, hasta el relevo inmediato, é irse replegando despues lentamente á retaguardia. Si el rey queria ser escoltado, tenian orden de mandar tocar inmediatamente el bota-sillas, y escoltarle. Con dificultad podrá darse un plan de evasion mejor combinado que este, ni cuyo secreto se trasluciese menos, á pesar de haber tantas personas iniciadas en él.

El rey volvió á escribir á Mr. de Bouillé el 27 de mayo comunicándole que saldria de Paris el 19 de junio despues de las 12 de la noche, en un coche particular, en el que continuaria su camino hasta Bondy, primera casa de postas despues de Paris, y que allí subiria en su berlina, que ya le tendria preparada uno de sus guardias de corps, destinado á servirle de correo en este viage. Dado caso que á las dos de la madrugada no hubiese llegado el rey al punto indicado, era señal de que habia sido detenido, y entonces tenia orden aquel guardia de montar á caballo inmediatamente, y de dirigirse á todo correr á Pont-Sommevesle para anunciar á Mr. de Bouillé que el golpe se habia desgraciado, y que por consiguiente, tratase de proveer á su seguridad y á la de los demas oficiales comprometidos en esta empresa.

VII.

Mr. de Bouillé, en cuanto hubo recibido estas últimas instrucciones, dió orden al duque de Choiseul de marchar á Paris á recibir las del rey, encargándole que saliese al regreso de la capital doce horas antes que S. M. El duque por su parte dió orden á sus criados para que el 18 estuviesen en Varennes con sus caballos, con objeto de relevar el tiro del coche del rey, á quien debía explicarse con toda claridad el sitio en donde los hallaría, para que no anduviese titubeando, ni se perdiese un tiempo que tan precioso podía ser. A Mr. de Choiseul se le habia prevenido tambien, que á su vuelta tomase el mando de los húsares apostados en Pont-Sommevesle y que esperase allí al rey y le escoltase hasta Saint-Menehould, apostando ademas centinelas de caballeria, de trecho en trecho, con la consigna de no permitir pasar á nadie, por los caminos de Paris á Varennes, y de Paris á Verdun, en las primeras veinte y cuatro horas. Mr. de Bouillé puso igualmente en manos del duque de Choiseul, otras órdenes firmadas por S. M. en las que se les prescribia, lo mismo que á todos los demas comandantes de los destacamentos, que usasen de la fuerza en caso necesario para proteger á S. M. y real familia, y para arrancarles de manos del pueblo, si de ellos llegara á apoderarse. Si el coche en que iba la familia real era detenido en Chalons, el duque de Choiseul, debía dar aviso de esta novedad al general Bouillé inmediatamente, reunir todos los destacamentos y volar á libertar al soberano. A este efecto habia recibido 600 luises de oro, para distribuirlos entre la tropa.

Al mismo tiempo salió Mr. de Goguelat para Paris encargado de hacer otro segundo reconocimiento de los sitios que habia recorrido anteriormente, y de inculcar

bien su topografía en la memoria del rey, cuyas últimas instrucciones habia de traer á Mr. de Bouillé regresando á Montmedy por otro camino distinto. El marqués de Bouillé marchó entonces á Metz so pretexto de inspeccionar las plazas fuertes, que estaban en el distrito de su mando é irse acercando de este modo al Montmedy, sin infundir sospecha. El 15 se hallaba en Longwy, y allí recibió un aviso de S. M. que le decia que su salida se habia retardado veinte y cuatro horas, por la precision de tener que ocultarse de una de las camaristas del delfin, demócrata furibunda y capaz de denunciarles, si observaba los preparativos que se estaban haciendo, la cual no salia de servicio hasta el 19. Tambien ponía en su noticia que habia renunciado á llevar consigo al marqués de Agoult, por que la señora de Tourcel, aya de los príncipes, habia reclamado los derechos de su cargo y queria acompañarles.

Este retardo era funesto, porque obligaba á dar inmediatamente una porcion de contraórdenes, cuyas consecuencias no podian calcularse, y porque hacia inútiles la precision y exactitud con que se habia calculado todo, ya con respecto al paso de los destacamentos por los puntos que les estaban señalados, ya porque los tiros de relevo podian retirarse al ver que pasaban tantas horas sin que se presentase el carruaje que aguardaban. Mr. de Bouillé atendió á remediarlo todo del mejor modo posible, y se adelantó en persona á Stenay, donde encontró al regimiento Real alemán, con el cual se podia contar abiertamente. El 21 reunió á todos los generales que estaban á sus órdenes, para comunicarles que el rey pasaria aquella noche por las puertas de Stenay, y que al día siguiente se hallaria en Montmedy, encargando al propio tiempo al general Klinglin que bajo los fuegos de aquella plaza, dispusiese un campamento para doce batallones y veinte y cuatro escuadrones. Para alojar al rey estaba destinada una casa de campo, situada á retaguardia del

campamento en donde se estabecería el cuartel real, por que parecia mas seguro para S. M. que estuviere en medio de sus fieles bayonetas, que dentro de una plaza fuerte. Los generales oyeron atentamente las palabras de Mr. Bouillé y nada tuvieron que objetar á lo que les decia el general en jefe. Este, dejó en Stenay al general de Hoffelizze con el regimiento Real alemán, dándole orden de mandar tocar bota-sillas al anochecer y de montar á caballo al hacerse de dia, asi como de enviar á las 10 de la noche un destacamento de cincuenta hombres que debia situarse á medio camino entre aquel punto y Dun y esperar alli al rey para escoltarle hasta Stenay.

Mr. de Bouillé montó á caballo, bien entrada ya la noche, y acompañado de unos cuantos oficiales, se dirigió á las inmediaciones de Dun, donde no quiso entrar por no alarmar la poblacion con su presencia. Alli aguardó en medio de las tinieblas y del mas profundo silencio la llegada del correo que debia preceder á los coches de S. M. La duracion de esta noche fué de un siglo para aquel leal servidor, que creia pesaban sobre su conciencia los destinos de la monarquía, los intereses de toda una dinastía, y las vidas del rey y de toda la familia real. La noche, sin embargo, iba continuando velozmente su curso, sin que el galope de un caballo viniese á anunciar á aquel puñado de hombres ocultos en la arboleda, si el rey se habia salvado ó no.

VIII.

¿Qué pasaba en las Tullerías en tan criticos momentos? El secreto de la proyectada fuga continuaba guardado religiosamente entre el rey, la reina, madama Isabel, algunos servidores fieles, y el conde de Fersén, caballe-

ro sueco, encargado de hacer preparativos esteriore. Unos vagos rumores, precursores ordinarios de todos los grandes acontecimientos, y que muchas veces parecen salidos de algun antro mágico, se esparcian por el pueblo hacia algunos dias; pero estos rumores eran mas bien un efecto de la disposicion inquieta de los ánimos que hijos de una revelacion indiscreta de los que estaban iniciados en el secreto del plan que se preparaba. Estos rumores tenian no obstante en una continua alarma á Mr. de La Fayette y á su estado mayor, que redoblaban cada dia su vigilancia en lo esterior del palacio, y aun la hacian estensiva á las mismas habitaciones ocupadas por el rey y la reina. Desde el 6 de octubre habian sido licenciadas todas las tropas de casa real, y ya no existian por consiguiente, aquellos guardias de corps, soldados y caballeros á un mismo tiempo, que tanto por su cuna como por espíritu de cuerpo y por una fidelidad tradicional nunca desmentida, eran el mejor sosten del monarca.

Con ellos habia desaparecido aquel profundo respeto que convertia su servicio en los cuartos de los príncipes en una especie de culto tributado á la divinidad, y aquel respeto habia sido reemplazado por una vigilancia odiosa de la guardia nacional, muy parecida al espionage. Conservábanse aun los suizos, tropa disciplinada y adicta al monarca, pero que no daba otro servicio que el esterior. Todo el interior del palacio estaba bajo la inspeccion de la guardia nacional. Mr. de La Fayette se presentaba alli á todas horas del dia y de la noche; sus oficiales vigilaban todas las salidas, los corredores, y hasta las comunicaciones interiores de unos cuartos con otros, y aunque no tenian orden por escrito para ello, se les habia prevenido que impidiesen que el rey saliese de palacio despues de media noche.

A esta vigilancia oficial, iba unido el infame espionage de una servidumbre numerosa y corrompida, en la

que habia penetrado el espíritu de la revolucion, y que hacia gala de ser ingrata é infiel. Allí como en otras regiones mas elevadas, se llamaba virtud á la delacion, y á la traicion patriotismo. El rey no podia contar dentro del recinto del palacio de sus padres, con otros corazones que los de las personas de su familia, y los de algunos leales cortesanos del infortunio, cuyas mas insignificantes acciones llegaban á oidos de Mr. de La Fayette inmediatamente. Este general habia espulsado de palacio, cubriéndolos de insultos, á una porcion de caballeros que se habian presentado en él á ofrecer sus vidas en defensa del soberano, el día del alboroto de Vicennes. El rey vió con las lágrimas en los ojos, á estos amigos fieles, arrojados vergonzosamente de la real cámara y entregados por su *protector oficial*, al escarnio y á los insultos del populacho. Por lo que acaba de decirse se vé, que la familia real no podia contar con las gentes de su servidumbre para que favoreciesen su evasion.

IX.

El conde de Fersen fué el principal y casi único agente de esta arriesgada empresa. Jóven, de buena presencia, y adicto al monarca, habia sido admitido en tiempos mas felices á las disipaciones de Tiranon y es fama, que un culto caballeresco, al cual, solo por respeto no puede dársele el nombre de amor, le habia unido á Maria Antonieta. Este culto tributado á la beldad, cuando se hallaba en el apogeo de la dicha, se habia convertido en el ánimo del caballero sueco, en una especie de entusiasmo religioso en los días de tribulacion, capaz de hacerle perder cien vidas en defensa de la reina, si cien vidas hubiese tenido.

La reina estaba dotada de una perspicacia particular

para no equivocarse jamás en la eleccion de amigos fieles, capaces de llevar á cabo cualquier negocio por árduo que fuese; así es, que para el que ahora la ocupaba, y en el que nada menos se interesaba que su propia salvacion, unida á la de su marido é hijos, no vaciló un momento en escoger al conde de Fersen. Este caballero en cuanto recibió aviso de la reina, salió de Stokolmo y llegó á Paris; se puso de acuerdo con el rey, y se encargó de mandar construir el carruage que debía estar preparado en Bondy cuando llegasen los augustos viajeros. Su calidad de estrangero le permitia obrar con desahogo, y supo manejarse con tanta habilidad, que no pudo traslucirse ninguno de sus pasos. Buscó tres ex-guardias de corps, personas de toda la confianza del rey, puso en su conocimiento lo que estaba ejecutando, y les enteró del papel que les tocaba desempeñar, segun las órdenes de S. M.; consistia este, en disfrazarse en traje de criados, y subir á los pescantes de los coches para proteger á la familia real, en los lances que pudieran ocurrir en el camino. Llamábanse aquellos caballeros, Valory, Moustier, y Maldan, nombres oscuros ó conocidos cuando mas en sus provincias pero que se han hecho dignos de pasar á la posteridad, por su fidelidad y por la abnegacion sublime con que se ofrecieron á perecer sacrificados por el pueblo, pues no ignoraban al comprometerse la suerte que les aguardaba si el rey era descubierto.

X.

Mucho tiempo hacia que la reina no pensaba en otra cosa que en su fuga; idea halagüeña que la hizo ocuparse de una porcion de cosas para cuando se viese libre. Entre otras habia encargado á una de sus damas, desde el mes de marzo anterior, que mandase hacer en Bruselas un